

EL MARCIANO

RAY BRADBURY

Las azules montañas se alzaban en la lluvia y la lluvia caía en los largos canales y el viejo LaFarge y su mujer salieron de la casa a mirar.

—La primera lluvia de la estación —señaló LaFarge.

—Qué bien —dijo su mujer.

—Muy bienvenida.

Cerraron la puerta. En el interior, ellos se calentaron las manos junto a las llamas. Se estremecieron. En la distancia, a través de la ventana, vieron que la lluvia centelleaba en los costados del cohete que los había traído desde la Tierra.

—Hay sólo una cosa —dijo LaFarge, mirándose las manos.

—¿Cuál? —preguntó su mujer.

—Desearía que hubiésemos traído a Tom con nosotros.

—¡Oh, ahora, Lafe!

—No empezaré otra vez. Lo siento.

—Hemos venido a disfrutar en paz nuestra vejez, no a pensar en Tom. Él ha estado muerto desde hace tanto tiempo, deberíamos tratar de olvidarnos de Tom y de todas las cosas de la Tierra.

—Tienes razón —dijo él, y acercó otra vez las manos al calor, con los ojos clavados en el fuego—. Nunca más hablaré de eso. Es sólo que echo de menos cuando manejábamos hacia Green Lawn Park cada domingo para poner unas flores en su tumba. Era casi nuestra única salida.

La lluvia azul caía suavemente sobre la casa.

A las nueve se fueron a la cama y se tendieron en silencio, tomados de la mano, él de cincuenta y cinco años, y ella de sesenta, en la lluviosa oscuridad.

—¿Anna? —llamó él, suavemente.

—¿Sí? —replicó ella.

—¿Has oído algo?

Los dos escucharon la lluvia y el viento.

—Nada —dijo ella.

—Alguien silbaba —dijo él.

—No, no lo he oído.

—De todos modos voy a ver.

LaFarge se puso una bata y caminó a través de la casa hasta la puerta de calle. La abrió, titubeando, y la fría lluvia le cayó sobre la cara. El viento soplaba.

En la puerta del patio había una pequeña figura.

Un rayo agrietó el cielo; una ola de color blanco iluminó un rostro que miraba fijamente al anciano LaFarge.

—¿Quién está ahí? —llamó LaFarge, temblando.

No hubo respuesta.

—¿Quién es? ¿Qué quiere?

Ni siquiera una palabra.

LaFarge se sintió débil y cansado y entumecido.

—¿Quién eres? —gritó.

Su mujer se le acercó y lo tomó por el brazo.

—¿Por qué estás gritando?

—Un pequeño niño permanece de pie en el patio y no me contesta —dijo el anciano, temblando—. ¡Se parece a Tom!

—Ven a acostarte, estás soñando.

—Pero él está ahí; míralo por ti misma.

Él abrió un poco más la puerta para que ella también pudiera ver. El frío viento soplaba y la fina lluvia caía sobre el suelo y la figura inmóvil los miraba con ojos distantes. La anciana se adelantó hacia el umbral.

—¡Vete! —dijo ella, agitando una mano—. ¡Vete!

—¿No se parece a Tom? —preguntó el anciano.

La figura no se movió.

—Tengo miedo —dijo la anciana—. Asegura la puerta y ven a la cama. Nada tenemos que ver con eso.

Ella se desvaneció, gimiendo, hacia el dormitorio.

El anciano permaneció de pie con el viento mojando sus manos con la fría lluvia.

—Tom —llamó LaFarge con voz suave—. Tom, si eres tú, si por un azar eres tú, Tom, dejaré la puerta sin llave. Y si sientes frío y deseas calentarte, entra más tarde y acuéstate junto a la chimenea; hay allí unas alfombras de piel.

Cerró la puerta pero sin asegurarla.

Su mujer lo sintió retornar a la cama y se estremeció.

—Qué noche más horrible. Me siento tan vieja... —dijo sollozando.

—Bueno, bueno —la calmó él, abrazándola—. Duerme.

Al cabo de un rato ella se durmió.

Y entonces LaFarge alcanzó a oír que la puerta se abría, casi en silencio, dejaba entrar el viento y la lluvia, y se cerraba otra vez. Luego oyó unos pasos blandos que se acercaban a la chimenea, y una respiración muy suave.

—Tom —se dijo.

Un rayo estalló en el cielo y abrió en dos la oscuridad.

A la mañana siguiente el sol estaba muy caliente.

El señor LaFarge abrió la puerta de la sala y miró rápidamente alrededor.

La alfombra estaba vacía. LaFarge suspiró.

—Me estoy volviendo viejo —dijo.

Salía de la casa hacia el canal, en busca de un balde de agua clara, cuando casi derribó a Tom, que ya traía un balde lleno hasta el borde.

—¡Buenos días, papá!

El anciano se tambaleó.

—Buenos días, Tom.

El chico, descalzo, cruzó de prisa el cuarto, dejó el balde en el suelo y se volvió sonriendo.

—¡Éste es un hermoso día!

—Sí, lo es —dijo el anciano, incrédulo.

El chico actuaba como si nada fuese inusual y comenzó a lavar su cara con el agua fresca.

LaFarge dio un paso adelante.

—Tom, ¿cómo llegaste aquí? ¿Estás vivo?

El chico alzó la mirada.

—¿No tendría que estarlo?

—Pero, Tom... Green Lawn Park, todos los domingos, las flores y... —LaFarge tuvo que sentarse. El chico se le acercó y, de pie ante él, tomó su mano. El anciano sintió los dedos, cálidos y firmes.

—¿Estás realmente aquí? ¿No es un sueño?

—Tú *deseas* que esté aquí, ¿no? —El chico parecía preocupado.

—¡Sí, sí, Tom!

—Entonces, ¿por qué preguntas? ¡Acéptame!

—Pero tu madre; la impresión...

—No te preocupes por ella. Durante la noche estuve cantando junto a ustedes, y me aceptarán, especialmente ella. Espera a que venga, y lo verás.

Tom se echó a reír sacudiendo la cabeza de rizado pelo cobrizo. Sus ojos eran muy azules y claros.

—Buenos días, Lafe, Tom. —La madre salió del dormitorio, recogiendo el pelo—. ¿No es un hermoso día?

Tom se volvió hacia su padre y se rió en su cara.

—¿Lo ves?

Almorzaron muy bien, los tres, a la sombra detrás de la casa. La señora LaFarge había encontrado una vieja botella de vino de girasol y la descorchó, y todos bebieron un poco de eso. El señor LaFarge nunca había visto a su mujer con ese brillo en su rostro. Si había alguna duda acerca de Tom en su mente, ella no lo diría. Para ella era algo completamente natural. LaFarge comenzó a pensar que también era natural para él mismo.

Mientras la madre lavaba los platos, LaFarge se inclinó hacia su hijo y le preguntó con aire de confidencia:

—¿Cuántos años tienes, hijo?

—¿No lo sabes, Papá? Catorce, por supuesto.

—¿Quién eres, *realmente*? No es posible que seas Tom, pero eres *alguien*. ¿Quién?

—No. —Atemorizado, el chico se llevó las manos al rostro.

—Puedes decírmelo —dijo el anciano—. Lo comprenderé. Eres un Marciano, ¿no es cierto? He oído historias de los Marcianos, nada definido. Dicen que son muy raros y que cuando andan entre nosotros parecen Terrestres. Hay algo en ti... Eres Tom y no lo eres.

—¿Por qué no me aceptas y dejas de hablar? —gritó el chico escudando su rostro con sus manos—. No dudes, por favor, ¡no dudes de mí!

Se volvió y huyó de la mesa.

—¡Tom, regresa!

Pero el chico corrió a lo largo del canal, hacia el distante pueblo.

—¿Adónde va Tom? —preguntó Anna, que regresaba a buscar el resto de los platos. Miró atentamente al rostro de su marido—. ¿Le has dicho algo desagradable?

—Anna —él dijo, tomando su mano—. Anna, ¿te acuerdas de Green Lawn Park, del mercado, de Tom enfermo de neumonía?

La mujer se echó a reír.

—¿De qué *estás* hablando?

—No importa —contestó LaFarge en voz baja.

A lo lejos, el polvo se posaba a orillas del canal por donde había pasado Tom.

Tom volvió a las cinco de la tarde, cuando el sol se ponía. Miró indeciso a su padre.

—¿Me vas a preguntar algo? —él quiso saber.

—Nada de preguntas —dijo LaFarge.

El chico sonrió con una sonrisa blanca.

—Estupendo.

—¿Dónde has estado?

—Cerca del pueblo. Casi no vuelvo. Fui casi... —el chico buscó la palabra apropiada—, atrapado.

—¿Cómo dices, «atrapado»?

—Pasaba al lado de una pequeña casa de chapas de zinc, cerca del canal y de pronto no podía regresar para verlos nuevamente. No sé cómo explicártelo, no encuentro la forma, no puedo decírtelo, ni siquiera *yo mismo* lo sé. Es raro, pero prefiero no hablar de eso ahora.

—No lo hagamos entonces. Lávate las manos, niño, es hora de cenar.

El chico corrió a lavarse.

Quizá unos diez minutos más tarde, una lancha se acercó por la serena superficie del canal. Un hombre alto y flaco, de pelo negro, la impulsaba con una pértiga, moviendo lentamente sus brazos.

—Buenas tardes, Hermano LaFarge —dijo deteniéndose en su tarea.

—Buenas tardes, Saul. ¿Qué se cuenta?

—Toda clase de cosas esta noche. ¿Conoces a un tal Nomland que vive junto al canal en una casa de metal?

LaFarge se puso rígido.

—Sí.

—¿Sabías que tipo de granuja era?

—Se dijo que salió de la Tierra porque había matado a un hombre.

Saul se apoyó en la pértiga mojada, mirando a LaFarge.

—¿Recuerdas el nombre del hombre que él asesinó?

—Gillings, ¿no?

—Sí, Gillings. Pues bien, hace unas dos horas el señor Nomland llegó corriendo al pueblo y gritando que había visto a Gillings, vivo, aquí, en Marte, hoy, ¡esta misma tarde! Él quería esconderse en la cárcel para estar seguro, pero no lo dejaron. De modo que volvió a su casa y veinte minutos después, dicen, se pegó un tiro en el cerebro. Vengo ahora de allí.

—Bueno, bueno —dijo LaFarge.

—Ocurren unas cosas... —dijo Saul—. En fin, buenas noches, LaFarge.

—Buenas noches.

La lancha se alejó por las serenas aguas del canal.

—La cena está caliente —llamó la mujer.

El señor LaFarge se sentó a la mesa y, cuchillo en mano, miró a Tom.

—Tom —dijo—, ¿qué has hecho esta tarde?

—Nada —dijo Tom, con la boca llena—. ¿Por qué?

—Sólo deseaba saber —dijo el anciano, poniéndose la servilleta.

A las siete, aquella misma noche, la anciana dijo que quería ir al pueblo.

—No he estado ahí en meses —ella dijo.

Tom se negó.

—El pueblo me da miedo —dijo—. La gente. No quiero ir.

—Qué palabras son ésas para un niño ya crecido —dijo Anna—. No te escucharé. Vendrás con nosotros. *Yo lo digo.*

—Anna, si el chico no quiere... —comenzó el anciano.

Pero era inútil discutir. Anna los empujó a la lancha y remontaron el canal bajo las estrellas vespertinas. Tom estaba tendido de espaldas, con los ojos cerrados; era imposible saber si dormía o

no. El anciano lo miraba fijamente, preguntándose. ¿Qué criatura es ésta, pensaba, tan necesitada de cariño como nosotros? ¿Quién es y qué es esta criatura que sale de la soledad, se acerca a gentes extrañas y, asumiendo la voz y el rostro de un recuerdo, se queda entre nosotros, aceptada y feliz finalmente? ¿De qué montaña procede, de qué caverna, de qué raza, aún viva en este mundo cuando los cohetes llegaron de la Tierra? El anciano meneó la cabeza. Era imposible saberlo. Aquello, para todos los propósitos, era Tom.

El anciano miró con aprensión el pueblo lejano, y pensó otra vez en Tom y en Anna: Quizá nos equivoquemos al retener a Tom, se dijo a sí mismo, pues de todo esto no saldrá otra cosa que preocupaciones y penas, pero cómo renunciar a lo que hemos deseado tanto aunque se quede sólo un día y desaparezca, haciendo el vacío más vacío, y las oscuras noches más oscuras y las noches lluviosas más húmedas. Quitarnos esto sería como quitarnos la comida de la boca.

Y miró al chico, que dormitaba pacíficamente en el fondo de la lancha. El chico se quejó, como en una pesadilla.

—La gente —murmuró en su sueño—. Cambiando y cambiando. La trampa.

—Calma, calma, niño —dijo LaFarge, acariciándole el pelo rizado, y Tom se calló.

LaFarge ayudó a su mujer y a su hijo a salir de la lancha.

—¡Aquí estamos!

Anna sonrió a las luces, escuchó la música de los bares, los pianos, los fonógrafos, observó a la gente que paseaba tomada del brazo por las calles animadas.

—Deseo volver a casa —dijo Tom.

—Antes no hablabas así —dijo la madre—. Siempre te gustaron las noches de sábado en el pueblo.

—Permanece junto a mí —susurró Tom—. No quiero caer en una trampa.

Anna alcanzó a oírlo.

—¡Deja de decir esas cosas! ¡Vamos!

LaFarge advirtió que Tom le había tomado la mano.

—Estaré contigo, Tommy —dijo apretando la mano del chico. Miró a la muchedumbre que iba y venía y sintió, también, cierta inquietud—. No nos quedaremos mucho tiempo.

—No digas tonterías, gastaremos toda la tarde —dijo Anna.

Cruzaron una calle y tropezaron con tres borrachos. Hubo un momento de confusión, una separación, una media vuelta, y LaFarge miró consternado alrededor.

Tom se había ido.

—¿Dónde está él? —preguntó Anna, irritada—. Aprovecha cualquier ocasión para escaparse. ¡Tom! —ella calló.

El señor LaFarge corrió entre la muchedumbre, pero Tom se había ido.

—Ya volverá. Estará en la lancha cuando nos vayamos —afirmó Anna, guiando a su marido hacia el cine.

De pronto, hubo una conmoción en la muchedumbre, y un hombre y una mujer pasaron corriendo junto a LaFarge. Él los reconoció. Eran Joe Spaulding y su mujer. Antes que pudiera hablarles, ya habían desaparecido.

Sin dejar de mirar ansiosamente hacia la calle, compró las entradas y permitió a su mujer conducirlo en la poco acogedora oscuridad.

A las once, Tom no estaba en el embarcadero. La señora LaFarge se puso muy pálida.

—Ahora —dijo LaFarge—. No te preocupes. Yo lo encontraré. Espera aquí.

—Date prisa. —La voz de Anna murió en la superficie rizada del agua.

LaFarge caminó por las calles nocturnas, con las manos en los bolsillos. Las luces de alrededor se iban apagando, una a una. Unas pocas gentes se asomaban todavía a las ventanas pues la noche era calurosa, aunque unas nubes de tormenta pasaban de vez en cuando por el cielo estrellado. Mientras caminaba, LaFarge pensaba en el chico, en sus constantes alusiones a una trampa, en el miedo que tenía a las muchedumbres y las ciudades. Esto no tiene sentido, reflexionó con cansancio. Tal vez el chico se ha ido para siempre, tal vez nunca ha existido. LaFarge dobló por una determinada callejuela, observando los números.

—Hola, LaFarge.

Un hombre estaba sentado en el umbral de una puerta, fumando una pipa.

—Hola, Mike.

—¿Has peleado con tu mujer? ¿Estás calmándote con una caminata?

—No, sólo caminando.

—Parece que se te hubiera perdido algo. Hablando de cosas perdidas —dijo Mike—, esta noche encontraron a alguien. ¿Conoces a Joe Spaulding? ¿Te acuerdas de su hija Lavinia?

—Sí. —LaFarge estaba frío. Todo era como un sueño repetido. Ya sabía qué palabras vendrían ahora.

—Lavinia volvió a casa esta noche —dijo Mike, y arrojó una bocanada de humo—. ¿Recuerdas que se perdió hace cerca de un mes en los fondos del mar muerto? Encontraron un cadáver que podría ser el suyo, bastante deteriorado, y desde entonces la familia Spaulding no ha estado bien. Joe iba de un lado a otro diciendo que ella no había muerto, que aquel cadáver no era el de ella. Parece que tenía razón. Lavinia apareció esta noche.

—¿Dónde? —LaFarge sintió que le faltaba el aire, que el corazón le golpeaba el pecho.

—En la calle principal. Los Spaulding estaban comprando entradas para una función. Y ahí, de pronto, en la multitud, estaba Lavinia. Debió ser una hermosa escena. Al principio Lavinia no los reconoció; pero la siguieron calle abajo y le hablaron y entonces ella recobró la memoria.

—¿La has visto?

—No, pero la he oído cantar. ¿Recuerdas con qué gracia cantaba *Las bonitas orillas del lago Lomond*? La oí hace un rato allá en la casa gorjeando para su padre. Es muy agradable oírlo. Una muchacha encantadora. Era lamentable que se hubiera muerto. Ahora que ha regresado, todo es distinto. Pero oye, qué te pasa, no te veo muy bien. Entra y te serviré un whisky...

—No, gracias, Mike.

El anciano se alejó calle abajo. Oyó que Mike le daba las buenas noches y no contestó. Tenía la mirada fija en una casa de dos plantas con el techo de cristal donde serpenteaba una planta marciana de flores rojas. En la parte trasera de la casa, sobre el jardín, había un retorcido balcón de hierro. Las ventanas estaban iluminadas. Era muy tarde, y LaFarge seguía pensando: «¿Cómo se sentirá Anna si no vuelvo con Tom? ¿Cómo recibirá este segundo golpe, esta segunda muerte? ¿Se acordará de la primera y a la vez de este sueño y de ésta desaparición repentina? Oh Dios, tengo que encontrar a Tom, ¿o qué va a ser de Anna? Pobre Ana, me está esperando en el embarcadero». LaFarge se detuvo y levantó la cabeza. En alguna parte, allá arriba, unas voces daban las buenas noches a otras voces muy dulces. Las puertas se abrían y cerraban, se apagaban las luces y continuaba oyéndose un canto suave. Un momento después una hermosa muchacha, de no más de dieciocho años, se asomó al balcón.

LaFarge la llamó a través del viento que estaba soplando.

La muchacha se volvió y miró hacia abajo.

—¿Quién está ahí? —ella clamó.

—Soy yo —dijo el anciano, y notando que esta respuesta era tonta y rara, se calló y los labios se le movieron en silencio.

¿Qué podía decir? ¿«Tom, hijo mío, soy tu padre»? ¿Cómo le hablaría a ella? La muchacha pensaría que estaba loco y llamaría a la familia.

La muchacha se inclinó hacia delante, asomándose a la luz ventosa.

—Sé quién eres —dijo con suavidad—. Por favor, vete. No hay nada que pueda hacer.

—¡Tienes que volver! —Las palabras se le escaparon a LaFarge antes que se diera cuenta.

La figura iluminada por la luz de la luna se retiró a la sombra, donde no tenía identidad, donde no era más que una voz.

—Ya no soy tu hijo —dijo—. No teníamos que haber venido al pueblo.

—¡Anna espera en el embarcadero!

—Lo siento —dijo la voz tranquila—. Pero, ¿qué puedo hacer? Soy feliz aquí; me quieren tanto como ustedes. Soy lo que soy y tomo lo que puede ser tomado. Ahora es demasiado tarde. Me han atrapado.

—Pero, y Anna... Piensa qué golpe será para ella. Piensa en eso.

—Los pensamientos son demasiado fuertes en esta casa; es como estar en la cárcel. No puedo cambiar otra vez.

—Eres Tom, *eras* Tom, ¿verdad? ¿No estarás bromeando con un anciano? ¿No eres realmente Lavinia Spaulding?

—No soy nadie; soy sólo yo mismo. Dondequiera que esté soy algo, y ahora soy algo que no puedes impedir.

—No estás seguro en el pueblo. Estarás mejor en el canal, donde nadie pueda hacerte daño —suplicó el anciano.

—Es cierto. —La voz titubeó—. Pero he de pensar en ellos ahora. ¿Qué sentirán ellos si, en la mañana, ven que me fui de nuevo, y esta vez para siempre? Además, la madre sabe lo que soy; lo ha adivinado como tú. Creo que todos lo adivinaron, aunque no hicieron preguntas. Tú no cuestionas la Providencia. Si no puedes tener la realidad, bastan los sueños. No soy quizá la muchacha muerta, pero soy algo casi mejor para ellos, el ideal que ellos imaginaron. Tendría que elegir entre dos víctimas: ellos o tu mujer.

—Ellos son una familia de cinco, pueden soportarlo mejor que nosotros.

—¡Por favor! —dijo la voz—. Estoy cansada.

La voz del anciano se endureció.

—Tienes que venir. No puedo permitir que Anna sufra otra vez. Eres nuestro hijo. Eres mi hijo, y nos perteneces.

—¡No, por favor! —La sombra tembló.

—¡No perteneces a esta casa ni a esta gente!

—No. ¡No me hagas esto!

—Tom, Tom, Hijo, escúchame. Vuelve. Baja por la parra, niño. Ven, Anna está esperándote; tendrás un hogar, y todo lo que quieras.

El anciano alzaba los ojos esperando el milagro.

Las sombras se movieron, la parra crujió levemente.

Y al fin la voz dijo:

—Todo está bien, papá.

—¡Tom!

La ágil figura de un niño se deslizó por la parra a la luz de las lunas. LaFarge abrió los brazos para recibirlo.

Una habitación se iluminó arriba, y en una ventana enrejada dijo una voz:

—¿Quién anda ahí?

—Date prisa, niño.

Más luces, más voces:

—¡Alto o hago fuego! ¿Vinny, estás bien?

El ruido de pasos precipitados.

El hombre y el chico corrieron por el jardín.

Sonó un disparo. La bala dio en la pared en el momento en que cerraban el portón.

—Tom, vete por ahí. Yo iré por aquí para despistarlos. Corre hacia el canal. Estaré allí dentro de diez minutos, niño.

Ellos partieron.

La luna se ocultó detrás de una nube. El anciano corrió en la oscuridad.

—Anna, ¡aquí estoy!

La anciana, temblando, lo ayudó a saltar a la lancha.

—¿Dónde está Tom?

—Estará aquí en un minuto —jadeó LaFarge.

Se volvieron y miraron las calles del pueblo dormido. Aún había alguna gente: un policía, un sereno, el piloto de un cohete, varios hombres solitarios que regresaban de alguna cita nocturna, cuatro hombres y mujeres que salían de un bar, riéndose. Una música sonaba débilmente en alguna parte.

—¿Por qué no ha llegado? —preguntó la anciana.

—Ya vendrá, ya vendrá.

Pero LaFarge estaba inquieto. ¿Y si el niño hubiera sido atrapado otra vez, de algún modo, en alguna parte, mientras corría hacia el embarcadero, por las calles de medianoche, entre las casas oscuras? Era un trayecto muy largo, aun para un chico; sin embargo, él tendría que haber llegado primero.

Y entonces, lejos, en la avenida iluminada por las lunas alguien corrió.

LaFarge gritó y calló en seguida, pues allá lejos resonaron también unas voces y otros pasos apresurados. Las ventanas se iluminaron una a una. La figura solitaria cruzó rápidamente la plaza, acercándose al embarcadero. No era Tom; no era más que una forma que corría, una forma con un

rostro de plata que resplandecía a la luz de las lámparas, agrupadas en la plaza. Y a medida que se acercaba, la forma se hizo más y más familiar, y cuando llegó al embarcadero ya era Tom. Anna le tendió los brazos. LaFarge se apresuró a desanudar las amarras. Pero ya era demasiado tarde.

Un hombre, otro, una mujer, otros dos hombres y Spaulding aparecieron en la avenida y atravesaron de prisa la plaza silenciosa. Luego se detuvieron, perplejos. Miraron asombrados alrededor, como si quisieran volverse atrás. Todo les parecía ahora una pesadilla, una verdadera locura. Pero se acercaron, titubeando, deteniéndose y adelantándose.

Era ya demasiado tarde. La noche, la aventura, todo había terminado. LaFarge retorció la amarra entre los dedos. Se sintió desalentado y solo. La gente alzaba y bajaba los pies a la luz de las lunas, acercándose rápidamente, con los ojos muy abiertos, hasta que todos, los diez llegaron al embarcadero. Se detuvieron, lanzaron unas miradas aturcidas a la lancha, y gritaron.

—¡No te muevas, LaFarge! —Spaulding tenía un arma.

Y ahora era evidente todo lo que había pasado. Tom atraviesa rápidamente las calles iluminadas por las lunas, solo, cruzándose con la gente. Un policía descubre la figura veloz. El policía gira sobre sí mismo, ve el rostro, pronuncia un nombre y echa a correr. «¡Tú, alto!» Había reconocido a un criminal. Y en todo el trayecto, la misma escena: hombres aquí, mujeres allá, serenos, pilotos de cohete. La fugitiva figura era todo para ellos, todas las identidades, todas las personas, todos los nombres. ¿Cuántos nombres diferentes se habían pronunciado en los últimos cinco minutos? ¿Cuántas caras diferentes, todas erróneas, se habían formado en el rostro de Tom?

Y en todo el trayecto el perseguido y los perseguidores, el sueño y los soñadores, la presa y los perros de presa. En todo el trayecto la revelación repentina, el destello de unos ojos familiares, el grito de un viejo, viejo nombre, los recuerdos de otros tiempos, la muchedumbre cada vez mayor. Todos lanzándose hacia delante mientras, como una imagen reflejada en diez mil espejos, diez mil ojos, el sueño fugitivo viene y va, con un rostro distinto para todos, los que le preceden, los que vienen detrás, los que todavía no se han encontrado con él, los aún invisibles.

Y ahora todos estaban allí, al lado de la lancha, reclamando sus sueños sólo para ellos. «Del mismo modo —pensó LaFarge—, nosotros queremos que sea Tom, y no Lavinia, no William, ni Roger, ni ningún otro. Pero todo ha terminado. Esto ha ido demasiado lejos.»

—¡Salgan todos de la lancha! —les ordenó Spaulding.

Tom saltó al embarcadero. Spaulding lo tomó por la muñeca.

—Tú vienes a casa conmigo. Lo sé todo.

—Espere —dijo el policía—. Es mi prisionero. Su nombre es Dexter; buscado por asesinato.

—¡No! —sollozó una mujer—. ¡Ese es mi marido! ¡Creo que puedo reconocer a mi marido!

Otras voces se opusieron. El grupo se acercó.

La señora LaFarge se puso delante de Tom.

—Éste es mi hijo. Nadie puede acusarlo. ¡Ya nos íbamos a casa!

Tom, mientras tanto, temblaba y se sacudía con violencia. Parecía muy enfermo. La multitud se cerró, exigiendo, alargando las manos, aferrándose a Tom.

Tom gritó.

Y ante los ojos de todos, comenzó a transformarse. Fue Tom, y James, y un hombre llamado Switchman, otro llamado Butterfield; él fue el alcalde del pueblo, y una muchacha, Judith; y un marido, William; y una esposa, Clarisse. Como cera fundida, tomaba la forma de todos los pensamientos. La gente gritó y se acercó a él, suplicando. Tom chilló, estirando las manos, y el rostro se le deshizo muchas veces.

—¡Tom! —gritó LaFarge.

—¡Alicia! —llamó alguien.

—¡William!

Le retorcieron las manos y lo arrastraron de un lado a otro, hasta que al fin, con un último grito de horror, Tom cayó al suelo.

Quedó tendido sobre las piedras, como una cera fundida que se enfría lentamente, un rostro que era todos los rostros, un ojo azul, el otro amarillo; el pelo castaño, rojo, rubio, negro, una ceja espesa, la otra fina, una mano muy grande, la otra pequeña.

Nadie se movió. Se llevaron las manos a la boca. Se agacharon junto a él.

—Él está muerto —dijo al fin una voz.

Comenzó a llover.

La lluvia cayó sobre la gente, y todos alzaron los ojos al cielo. Lentamente, y después más de prisa, se volvieron, dieron unos pasos, y echaron a correr, dispersándose. Un minuto después, el lugar estaba desierto. Sólo quedaron el señor y la señora LaFarge, horrorizados, cabizbajos, tomados de la mano.

La lluvia cayó sobre el rostro inalterable, irreconocible.

Anna no dijo nada, pero empezó a llorar.

—Vamos a casa, Anna. No hay nada que podamos hacer —dijo el anciano.

Subieron a la lancha y se alejaron por el canal, en la oscuridad. Entraron en la casa, encendieron la chimenea y se calentaron las manos. Se acostaron, y juntos, helados y encogidos, escucharon la lluvia que caía otra vez sobre el techo.

—¡Escucha! —dijo LaFarge a medianoche—. ¿Has oído algo?

—Nada, nada.

—Voy a mirar, de todos modos.

Atravesó a tientas el cuarto oscuro, y esperó algún tiempo al lado de la puerta de la calle.

Al fin abrió y miró afuera.

La lluvia caía desde el cielo negro, sobre el patio desierto, sobre el canal y entre las montañas azules.

LaFarge esperó cinco minutos y después, suavemente, con las manos húmedas, entró en la casa, cerró la puerta y echó el cerrojo.

FIN

Libros Tauro